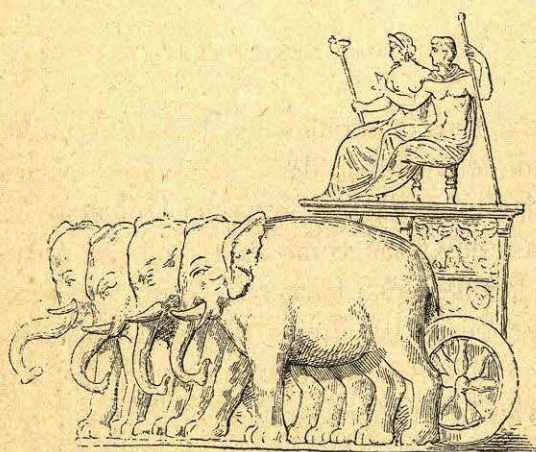


su primer impulso fué arañar al cachorro, que dió un rugido, mostró los dientes y las uñas, pero se quedó inmóvil á una mirada del amo. Luego saltó, en guisa de titiritero, desde su lecho al pavimento, y creyéndose completamente solo, se dió á bailar con verdadero desorden, y á ponerse muy gallardo en varias actitudes atléticas. Pero en esto la respiración de los dos interlocutores llegó á su oído, y viendo á la cariñosa madre sentada como una estatua de la majestad imperial, se tendió en tierra y se acercó á ella como pudiera un tigrecillo acercarse á la teta de una tigre. Agripina mostró hijo tan danzarín y juguetón á Vitelio como para confirmar los juicios comunicados antes, y se acordó con fruición de los desórdenes de Mesalina, para que le granjearan el Imperio, donde tenía la mira puesta con ese ojo certero dispensado por las leyes providenciales y por las leyes naturales á cuantos tienen que cumplir una extraordinaria finalidad bajo nuestro cielo y sobre nuestro planeta.



Claudio, Agripina, Livia y Tiberio (de un cameo romano)

CAPÍTULO II

MURMURACIONES DOMÉSTICAS

Un tropel de siervos imperiales llenaba por los últimos días del imperio de Claudio el vestíbulo de su maravilloso palacio en el sagrado monte Palatino, remate y corona del Universo. Aislada completamente la casa de César, como un templo, su área correspondía con las tradiciones guardadas en Roma para conjurar los maleficios y atraer desde las alturas sobre familias y hogares los mayores bienes posibles. Augusto, conociendo toda la trascendencia del cambio en las instituciones traído por el Imperio, y la dificultad suma de que tamañas novedades penetraran en las costumbres, pues antes entra una idea en la cabeza que en la vida, quiso le perdonaran su poder supremo aparentando no tenerlo, y vivió en habitación modesta, guarecido tras un templo que le sirviera de verdadero escudo, y encerrado en sitio recatadísimo y de apariencia humilde con su poder y su fortuna, como pudiera un avaro encerrarse con sus tesoros. Pero poco á poco arrojó la tiranía sus

recatos; y conforme los recatos bajaban, subían las ostentaciones. Tiberio, Calígula, Claudio, no disimularon ya ni la propia omnipotencia ni la servidumbre ajena, y añadieron á la suma de factores varios, componentes de su poder supremo, la suma no menor de timbres externos indispensables á sus esplendores y á sus magnificencias. El palacio crecía en proporción que iba creciendo el poder. Los árboles copudos asombraban aquel espacio y las fuentes claras refrigeraban aquellos aires. Cuadrigas de bronce dorado resplandecían sobre arcos de cinceladísimos mármoles. Las estatuas griegas, admirablemente colocadas, parecían coros de una tragedia hecha en Atenas misma. Unas largas galerías abrían paso cómodo desde la entrada del vestíbulo á la entrada del palacio. Por esta galería se hallaban reunidos los varios esclavos, que las costumbres romanas adscribían al servicio de un César, quien hasta para el cultivo de las Artes y para el texto de los escritos vallase de siervos extranjeros y de trabajos serviles. Necesitada la servidumbre aquella de atender á las visitas y á las peticiones romanas, debía madrugar muchísimo, dado que allí en Roma, bien al revés de lo que pasa entre nosotros, para visitar se levantaba la gente con el alba, y acudía cuando se apagaban las últimas estrellas en los cielos á las primeras entrevistas en los palacios. Senadores de antigua prosapia, patricios y nobles de todas condiciones, extranjeros muy distinguidos, agentes y enviados de todas las provincias acudían allí, ofreciendo algún obsequio y granjeándose á cambio alguna ventaja, tanto para sí como para los suyos.

En este día, historiado por nosotros, dábanse al vagar los siervos y despedían por ende á los pretendientes. Y como en su vagar no se les ocurría otra ocupación mejor del espíritu fatigado y del ánimo sereno que la murmuración, murmuraban de lo lindo aquellos buenos domésticos, pero con una libertad y una franqueza vedadas por completo á los oprimidos ciudadanos de Roma. Y todas las murmuraciones suyas dirigíanse y asestábanse á sus amos, según antigua costumbre de criados, sin que los amos llegaran á enterarse de frases tan bajas, vómitos que corrían por las jaulas del esclavo, por las ergástulas, viles naturalmente, no trascendiendo afuera y menos arriba sus asquerosos hedores. Mas escuchémoslos, pues la conversación suya nos instruirá en lo que piensan y sienten y quieren los altos

personajes romanos mejor que ninguna otra. La diferencia del siervo al amo se había por tal modo ingerido en las costumbres antiguas, que aun los más ilustres parecían objetos viles y no personas animadas. El esclavo más bello podía correr desnudo ante la dama latina más voluptuosa y sensual, sin que sintiera ningún afecto ésta, como no lo siente al paso de las fieras, con las cuales ni por desvarío y locura pudiera soñar un imposible ayuntamiento. Lo que perdió á Julia, la hija de Augusto, en el ánimo de su excelso padre, fué saber éste que había yacido con gladiadores, aunque los gladiadores, por su fuerza y por sus combates mismos, no eran allí ni tan despreciados ni tan despreciables como los siervos y sobre todo como los siervos gréculos ó grieguecillos, encargados de ministerios tan altos y sublimes como las Artes, las Ciencias las Letras. Y por ende, así como cualquier señora romana solía desnudarse ante un esclavo sin rubor alguno, solía por su parte cualquier señor romano hablar ante un esclavo sin reserva. No les hacían caso, ni se acordaban de ellos sino cuando los necesitaban y para todo lo que los necesitaban. Así, hablaban en su presencia como nosotros podemos hablar en presencia del gato y del perro. Mas no se violan impunemente las leyes naturales; el imperio de lo natural concluía por sobreponerse á todo, y los esclavos hallábanse dotados de una retentiva en su memoria y de una palabra en su lengua que no tienen gatos y perros. Por tanto, sabían todo lo que pasaba en el palacio imperial y lo difundían con la misma facilidad con que oyéranlo ó supiéranlo, merced á las familiaridades viciosas y despreciativas de sus torpes amos. Oigámosles, pues:

— Día de asueto — decían unos tirando discos y bolos áureos al aire y volviéndolos á coger con destreza y con habilidad.

— Holguémonos, holguémonos — decían otros jugando entre sí á lo que llamamos nosotros juegos de manos.

— Esto no parece un palacio imperial, parece un baño público — observaba un siervo tracio muy meditabundo.

— Como que se han ido los amos — le contestaba con ligereza y chacota un griego.

— ¿Y dónde se hallan esos malditos? — preguntaba el tracio al ateniense.

— Muy lejos, cuando hasta el siervo encargado de los lararios discurre ahora entre nosotros con riesgo de que los sacros lampadarios lleguen á extinguirse y los dioses y los césares á incomodarse.

— Déjame un poco de jolgorio — exclamó el joven esclavo larar, que desempeñaba en el palacio funciones verdaderamente sacristanescas, de las cuales daban testimonio fehaciente su túnica corta morada y su cinturón verde.

— Os tomáis tanto jolgorio, que no parecen los amos idos, sino muertos — dijo el tracio.

— ¿Acabará de decirnos dónde se hallan? — preguntó con insistencia nueva el griego al esclavo larar, centinela vigilante puesto á la puerta del sitio donde los dioses lares campeaban, sitio abandonado por la triste anarquía derramada entonces en los palacios imperiales y por la huelga de todos los criados, ó sea por el vagar que acababan de recetarse, al verse las bridas sobre las espaldas, retozones todos ellos y regocijados.

— Pues no están muy lejos — respondió el siervo sagrado: — Claudio, en el puerto de Ostia; Mesalina, en los jardines de Lúculo.

— ¿Y qué hace Claudio en Ostia? — preguntó un siervo nómida que se mezclaba en la conversación entonces, al informadísimo sacristán, según se llama en castellano á quien guarda sitios y objetos sagrados ó desempeña ciertos oficios inferiores en las ceremonias religiosas.

— Pues hace su santísima voluntad, como siempre. Sueña con realizar ciertos pensamientos que asaltaron al gran Julio César cuando ya estaba loco: dirigir hacia el Tíber lago tan hondo como el Fucino; agrandar puerto tan estrecho para la grandeza romana como el puerto de Ostia.

— Los criticas, cuando debían complacerte mucho tales trabajos — observó el tracio al esclavo larar.

— ¿Por qué? — preguntó el esclavo á su camarada.

— Porque Claudio celebra todas sus fortunas manumitiendo siervos suyos, y lo que hay que alcanzar en esta tierra hoy es la calidad envidiable de liberto del César.

— Verdaderamente.

— Y si no, dígalo el más atendido, el más puesto en zancos, el

más consultado entre todos los familiares de Claudio: el poderoso liberto, el envidiado y envidiable Narciso.

— Nada conviene la esclavitud al hombre ni en Roma ni en parte alguna. ¡Oh! Antes de parir un esclavo, deberían sus desgraciadas madres ahogarlo y enterrarlo en sus entrañas. Pero el carácter de liberto conviene mucho: como que rigen el Imperio los libertos, y en su acta de manumisión llevan algo superior á sus derechos de hombre libre, llevan como un título á compartir el imperio — dijo el heleno.

— Que lo diga Narciso — exclamaron de nuevo casi á una los interlocutores muy embargados al recuerdo de la grande autoridad por Narciso ejercida en el ánimo de los césares.

— ¡Y si fuera solamente Narciso! Pero tenéis, aunque no lleguen á su poder y á su influencia, Palas, Myrrón, Felio, Harpocrás y tantos otros — dijo el tracio.

— Palas, antiguo esclavo de Antonia, madre de Claudio, dispone hoy de más dinero que romano alguno, pues ejerce la Intendencia imperial en palacio — añadió el nómida.

— Cuando Harpocrás llegó por su manumisión á la categoría de hombre, solamente pidió á Claudio que le dejase arruinarse por el pueblo en fiestas y espectáculos.

— ¿Y qué decir de aquel otro, en el recuento ahora olvidado, quien forjó una bandeja de plata, la cual pesaba quinientas libras?

— El día menos pensado, creedlo, distribuye los innumerables reinos de su Imperio á nosotros, por nuestros respectivos oficios de otros tiempos — dijo el tracio.

— Como que nada le place cual esta designación de jefes y monarcas para los Estados vacantes, por la cual se imagina creador como los dioses y se goza en mirar y contemplar sus criaturas.

— ¡A lo mejor suelta decretos tan raros! — observó el tracio.

— No lo extrañes — le replicó el griego; — sus libertos y su mujer se apoderan de la estampilla y hacen todo aquello que les da la gana y les pide con más ó menos insistencia el propio gusto.

— Cierto, y el emperador se olvida por completo de todo á lo mejor: de la carta que ha escrito, de la comida que ha tragado, de las disposiciones que ha puesto en fuerza legal, de los presentes

que ha recibido, de los magistrados y de los príncipes que ha nombrado.

— Sin duda tienes razón, y mucha, compadre tracio — díjole con celeridad el griego. — Como que á esos descuidos inexplicables de su memoria deben los adivinos ahora el residir, como residen todavía, en Roma.

— Pues qué, ¿pensaba echarlos?

— ¡Vaya si pensaba echarlos!

— ¿Por cuál motivo?

— ¿Te acuerdas, tracio, de la célebre insurrección en Dalmacia promovida por Scribunano?

— Sí; no la he olvidado, ateniense amigo.

— Su hijo, el hijo de tan rebelde general, consultó al cielo, describió las estrellas, hizo mágicas operaciones, compuso mixturas y quiso contrastar las leyes generales de las cosas y remontar el sereno curso de los tiempos. Desde aquel entonces Claudio aborreció las adivinaciones, y ahora expulsa muy airado á los adivinos.

Sacudió á estas noticias el tracio la cabeza con verdadera melancolía, y dijo:

— No comprendo como las gentes del mundo pueden enojarse así con los demás y complacerse á una en hacer lo mismo que condenan en ellos con tanto furor, sin revolverse contra sí mismos.

— ¿Por qué dices eso? — le preguntó el esclavo larar al esclavo tracio.

— Porque tú mismo podrás testificar cómo las gasta Claudio en materia de adivinanzas y sortilegios y hechicerías.

— Tienes razón.

— Para preservar su palacio de incendios no se le ocurre darte á ti el encargo de vigilar y de celar; se lo confía el cuitado á esas fórmulas rojas inscriptas en las paredes mismas del vestíbulo. Cuando quiere que algún asunto prospere, que alguna legión venza, que las leyes resulten óptimas, que los pueblos estén satisfechos, no se le ocurre gránjearse ninguna de tales ventajas por medio de los ministros, por medio de los generales, por medio de los senadores; está mucho más en sus gustos clavar un murciélago cabeza abajo sobre la puerta de su alcoba, que recurrir á los buenos y legítimos medios aconsejados por los cánones de una sabia política.

— Y toma todos estos sortilegios de la nación más embustera que hay en el mundo ahora, de los egipcios — observó el nómida, enemigo implacable, como toda la gente del desierto, de toda la gente del Nilo.

— En la medida que detesta á los adivinos, quiere á los libertos — dijo el griego.

— Y entre los libertos á Narciso — añadió el nómida.

— Ahora vamos á ver hasta dónde llega la influencia del privado, ahora.

— ¿Cómo? — preguntaron todos á una.

— ¡Oh!

— Habla.

El esclavo larar bajó mucho la voz para obligar á sus cofrades y amigos á que acercasen las orejas, abiertas, como las orejas del gamo, hasta sus labios.

— Claudio podrá llamarse dueño del mundo; pero se llama Narciso dueño de Claudio.

— Bien, ¿y qué?

— Pues juega una partida muy arriesgada.

— ¿Cuál?

— Se ha indispuerto con la mujer de su señor.

— ¿Con Mesalina?

— Con Mesalina personalmente.

— Mal negocio — dijeron todos á una.

— Y tan malo.

— Ya lo creemos.

— Por lo mismo que Claudio es casto, la cama nupcial y la esposa única ejercen sobre su corazón un imperio máximo.

— Como que Mesalina le manda con autoridad absoluta — dijo el tracio.

— Los efectos — añadió el nómida completando todos estos pensamientos — que los ojos de Mesalina causan en el ánimo de Claudio, me recuerdan los efectos que las miradas de las hechiceras y de los hechiceros causan en las serpientes del desierto. Allí estos reptiles no tienen la inocencia que las culebras del Tíber lanzadas por los romanos contra los augurios nefastos y contra las ratas gordas. Allí chasquean sus colas como látigos de muerte; muestran sus

áspides ponzoñosos en guisa de puñales agudos; lanzan de sus fauces asesinos soplos; matan sin piedad, y antes de mataros, con asombrosa rapidez os petrifican y en vuestras venas reemplazan el calor de la vida con el frío de los sepulcros. Los pajarillos que pasan por los aires, las personas que carecen de las influencias ejercidas sobre ellas por los hechiceros y por los domesticadores, no pueden sufrir sus miradas ni preservarse de sus agujones; caen á una dentro del círculo mágico de sus influencias, y allí perecen desdichadamente, sin que nadie pueda en tal trance ampararlas; pues tienen una fuerza mágica sobrenatural superior á todas las fuerzas naturales, así esparcidas en el mundo mecánico, cual en el mundo orgánico. De igual suerte Mesalina obra sobre Claudio. En cuanto aparece diríase que se trueca el emperador en estatua. Su labio se le cae, sus ojos se le apagan, sus nervios se le tornan rígidos, las venas del cuello se le hinchan, la respiración se le torna fatigosísima, vense los latidos del corazón tras los paños de su túnica, y por todo el ser suyo se asemeja y se parece á un poseído de los malos genios ó á un hechizado por funestos sortilegios.

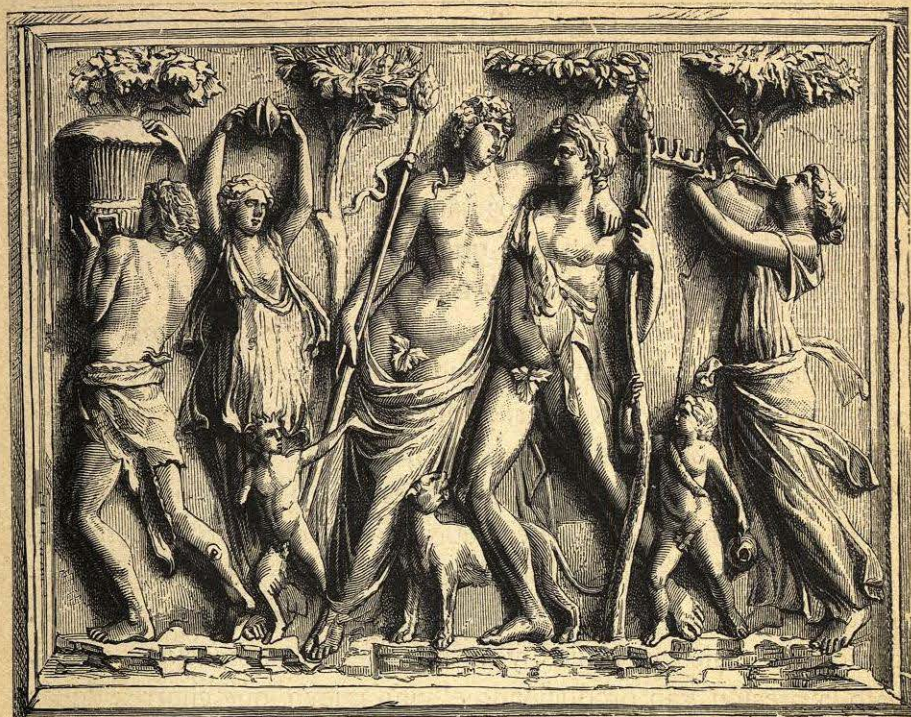
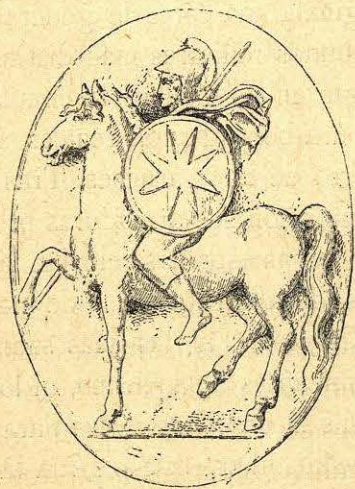
La conversación se había animado al calor de tales discursos, y todos los esclavos departían ya en voz muy alta y con gestos muy expresivos acerca de tema tan peligroso como el tema de las sendas relaciones matrimoniales entre Mesalina y Claudio. Quién recordaba tal hecho, quién tal escena; éste cómo habían sido aplastados cuantos se atravesaran en sus caminos, aquél cómo fueron desoladas regiones enteras por un capricho suyo. El tracio era quien más vivas tenía las emociones en su corazón y más frescos los recuerdos en su memoria. Así evocaba espectáculos donde Mesalina tomaba el carácter y el aire de una verdadera diosa, como el triunfo celebrado en honor de Claudio. Pero escuchémoslo á él mismo, escuchémoslo.

- En poco más de medio mes había el emperador pacificado á los britanos insurrectos, después de peligrosa navegación, y por ende le tocaba el carácter de triunfador y merecía la honra del triunfo. Jamás vieron los nacidos fiesta semejante. Las victorias de sus antecesores aparecerían más gloriosas y más útiles, pero no más honradas y más encarecidas que esta victoria de Claudio. Todos los otros generales brillaron por su fuerza; Claudio brilló por

su clemencia. Más que las riquezas allegadas en los sacos; más que los despojos recogidos tras las victorias, sobre los trofeos y los ornamentos, sobre los cautivos cubiertos de pieles; más que los heraldos vestidos de oro; más que las músicas resonantes; más que las cornetas de plata; más que los carretones de guerra; más que las coronas de oro presentadas por los sacerdotes; más que aquel carro de marfiles dondó iba Claudio vestido de púrpura, brillaban los desterrados, víctimas de las civiles guerras, devueltos por el perdón imperial á su patria y regocijados como avecillas que han roto los hierros de sus jaulas. Pues á festividad tan excelsa por tantas causas, asoció el emperador á su esposa Mesalina. Una cuadriga la conducía cual si fuese una diosa de las olimpiadas helénicas. Su frente brillaba como el cielo tras la tempestad. Las oscuras trenzas recogidas sobre la nuca parecían una corona de azabaches. Los ojos negros, fijos y redondos, engarzados por pestañas larguísimas, bajo fruncidas cejas, lanzaban unos relámpagos tales, que todos veíamos en ellos una tempestad tonante y fulminante de reconcentradas pasiones. Seguía una corte de generales como á cualquier emperador. Los tribunos militares más distinguidos y que mayores lauros consiguieran en las batallas la circuían. Un consular varón, vestido de púrpura bordada con realces áureos, montaba un brioso caballo cubierto de ricos arneses. Tras este carro veíanse los guardias pretorianos con sus armaduras preciosamente cinceladas; los bárbaros, en cuyas espaldas relucían las rubias sedosas cabelleras; los britanos, de alta estatura y de majestuoso aire. Nada brillaba, ni el alto Capitolio, ni las vías sacras cubiertas de flores, ni los altares humeantes de incienso, ni los templos llenos de sus sacerdotes y de sus sacerdotisas, ni las tiaras, ni las coronas, como la frente de aquella mujer, que parecía la verdadera cumbre del mundo.

En estas, cuando acababa el tracio de trazar semejante pintura, se oyó un rumor que mostraba la presencia de alguna persona extraordinaria. Era, en efecto, Narciso, que llegaba desaladísimo de Ostia, fatigado, jadeante, con la lengua fuera, con los ojos casi fuera también, como si le aquejara un ataque de apoplejía ó de locura. En efecto, cierto mensajero había llegado á Ostia, y le había dicho que Mesalina ideaba un acto increíble de puro bellaco; ideaba

casarse con el amante último á quien había encontrado en su vida, con el joven y hermoso patricio Silio. Mil veces había pensado en delatar á Claudio los desórdenes de Mesalina, como en cierta ocasión delató Livia los desórdenes de Julia, tan querida por Augusto, al corazón de su amante padre, que la expulsó y la desterró al esponjoso peñón de la Pandataria. Narciso amaba tanto á Claudio que no era osado en su amistad á darle una mala noche, y se había callado. Pero la celebración de un matrimonio público no podía verificarse al aire libre y á la vista de todo el mundo sin que cayesen ó el emperador ó la emperatriz. Pues caería la emperatriz. Mas espesísima nube pasó por la frente de Narciso al recuerdo triste de Agripina y de Nerón.



Escena de vendimia (bajo relieve del Museo de Nápoles)

CAPÍTULO III

EL AMOR Y LA MUERTE

El otoño maduraba todos los frutos y enrojecía ó doraba todo el follaje. Por las laderas de las colinas romanas brillaban los monumentos con esplendor no usado, y olían á gloria los jardines y los huertos, cuyos frutales se doblaban al peso de la cosecha. Un cielo azul y una luz espléndida sobreponían preciosos esmaltes á las hojas matizadas de púrpura y transparentaban los racimos, semejantes á multicolores cristales. El otoño se metía por las venas con los efluvios de su éter y de su mosto. Un olor á vino reciente y nuevo trastornaba las cabezas, poseídas de vértigos, y encendía los corazones con esas vaguedades en los deseos que tomaríais por una especie de amor instintivo é inconsciente. Roma, voluptuosa de suyo, se bañaba por tales días y tal estación en una voluptuosidad centuplicada sobre su voluptuosidad ordinaria. Por eso indudable-